

CAPITULO 10

En medio de la dicha hablamos de amor y el tiempo hace recovecos de malicia. Se escurre como el viento entre las hojas. El fuego nos consume en su crepitar. Burbujea mi sangre ante la proximidad del éxtasis. Sueño cogido a tu rabel como si fuese la nave que aguarda salvarnos del naufragio y guío tus movimientos. Veo que te estimulas en los pliegues de tu intimidad, mientras te palpas la entrada a la gloria. ¿Hacia dónde dirigir ahora mis ojos?

Fortepiano

Javier despertó a medianoche, y se puso a recordar un viaje en tren, tenido cuando aún no cumplía 25 años. A menudo lo evocaba y la historia nunca dejaba de fascinarle. Ignoraba si la presencia de Alondra, contribuí a ese hecho.

No porque Caridad tuviese un nombre así, debía aceptar los requiebros de Javier. Ambos viajaban en tren de Santiago a Puerto Montt, sentados frente a frente.

¿Cuáles palabras debía utilizar Javier para iniciar un

diálogo? “Perdone usted, pero creo que nos conocemos”. Aquella frase constituía una idiotez, desprovista de originalidad. Quizá, debería utilizar otro método. Preguntarle si lo autorizaba a abrir la ventanilla, porque sofocaba el calor. Más bien hacía frío, entonces, la idea se convertía en asunto estrafalario. ¿Y si la invitaba al coche comedor a beber café?

Empezaba a oscurecer y la hora llamaba a cenar. Javier disponía apenas de lo necesario si deseaba comer un sándwich y beber un jugo. Le apesadumbró aquella injusta limitación. El pasaje se lo había obsequiado una tía. De seguro, el hombre que viajaba junto a la chica, tenía dinero en abundancia para invitarla a desayunar, almorzar, cenar y beber café hasta quedar extenuados.

Caridad miraba el paisaje que se abría a sus ojos, aunque empezaba difuminarse en medio de las sombras. Al observar su imposibilidad de disfrutar de la naturaleza, se proveyó de una revista que guardaba en su bolso. Decidió hojearla con displicencia de quien se contraría hasta de mirar el piso del vagón. Había transcurrido una hora del inicio del viaje y se aproximaba la ciudad de Rancagua.

Apareció el revisor de los boletos. Javier pudo enterarse que la joven, como él, viajaba hasta Puerto Montt. De ahí que, disponía de largas horas para conquistarla. Apresurarse,

constituía traspíe de seductor. Junto a él, una señora de expresión fatigada parecía ausente. Apenas se inició el viaje, cerró los ojos y empezó a cabecear. A veces se cargaba contra el hombro de Javier, pero despertaba y pedía disculpas.

La marcha del tren continuaba sin ofrecer novedades, a no ser la aparición del asistente que anunciaba la apertura del coche comedor.

Quien permanecía junto a Caridad, un hombre —vestía con la pulcritud de quien sabe lucir la prosperidad— preguntó a Javier la hora. Quería confrontarla con su reloj Omega de oro. “Siempre he privilegiado la puntualidad”, dijo. Enseguida, advirtió que viajaba a Chillán, para visitar a su hijo farmacéutico, dueño de la farmacia Crisol, a quien no veía desde el verano.

Como si le hubiesen propinado un codazo en el vientre, despertó la señora. Dijo que también viajaba a Chillán e iba a vivir con una hija viuda. “Hay tres niños pequeños que cuidar”, razonó, mientras llegaba a sus ojos, la cansada congoja.

Piedad juzgó triste aquella historia. Mientras observaba a la señora e intercambiaban gestos de complicidad, abandonó la revista en su regazo. Ignoraba donde dirigir sus llorosos ojos. Al llegar la noche, se atrevió a hablarle a Javier, quien insistía en conquistarla y le dijo: “También mi madre es viuda, pero

reside en un hospicio, aquejada de Alzheimer.

Rinforzando

Al cumplir Alondra tres meses desde su aparición en el río, empezó a tocar la guitarra. Instrumento que Javier había comprado a un lutier amigo, para obsequiarla a uno de sus nietos. Como el joven prometía visitar al abuelo, y el tiempo se dilataba hasta alcanzar el olvido, en tanto las lluvias se encargaban de borrar promesas, la guitarra permanecía muda en el armario del taller.

Casi un año estuvo ahí, sumida en injusto silencio. Metida en un forro de tela, parecía aguardar a Alondra, quien de casualidad, la había descubierto. Supuso al principio, que Javier la sabía tocar, porque si tallaba la madera con arte de lutier, sus dedos poseían la habilidad de saber pulsar las cuerdas. Y así, arrancar las melodías de su vientre.

Días después, mientras Alondra ordenaba la buhardilla, la cual había quedado entregada al desamparo, descubrió un cuaderno metido en un baúl. Al principio, pensó que podía ser de alguno de los nietos de Javier, sin embargo, al examinarlo, descubrió ahí un texto escrito por un adulto, donde se narraba

una historia en varias páginas. La letra le resultaba familiar. Correspondía a Javier, pues conocía su escritura, la cual ella empezó a admirar apenas la conoció. Había enmiendas, correcciones, sin embargo, el texto se dejaba leer.

Bella caligrafía de quien ama el arte de escribir. Otra sorpresa surgía con el nuevo hallazgo, la cual empezaba a definir la personalidad de Javier Alcántara. Esa misma noche, después de cenar, ella le manifestaba que había escrito una historia en sus ratos de ocioso y deseaba conocer su opinión.